



## XXXIV

### Un golpe de maestro.

AL saber la caída del Ministro, la comadrona se sintió herida en el corazón, permaneciendo durante varios días muda y consternada. Cuando después supo el triunfo de Ida su ira llegó á los últimos límites del paroxismo.

Bajo una actitud de tranquilidad mentida trataba de ocultar la rabia que le roía las entrañas, pero quien la conocía y sabía leer en su frente sus pensamientos, no ignoraba que era una verdadera furia del infierno.

En casa no ocultaba la maldad de su temperamento y daba miedo verla horriblemente descompuesta, y oírla amenazar á todo el mundo como si estuviese loca furiosa.

Con las personas de fuera, el hábito del disimulo, en el cual era maestra, le imponía casi siempre una afabilidad fingida. Pero la palidez del semblante, la contracción de sus labios y el brillo siniestro de sus ojos, transparentaban sus malas intenciones.

Después de conocer lo sucedido, algunas veces permanecía absorta, como si alguna extraña idea le torturase el cerebro y le oprimiera el corazón. Otras veces suspiraba, gemía, arrugaba la frente, y apretaba los dientes; parecía, en suma, una persona atormentada por el demonio.

Día y noche veía siempre delante de sí á una persona, un enemigo, un verdugo: Ida Piumetti.

Y la veía siempre triunfante con su victoria; siempre en actitud de burlarse de ella y de amenazarla con nuevos daños. Detrás de Ida veía á la Condesa y á la *Alianza*, que también conspiraban contra su tranquilidad.

Recordaba la escena celebrada con Ida, cuando había venido á quitarle de las manos su presa más preciosa, Giannina Maglioni, y juraba á sí misma la necesidad de vengarse á toda costa.

Perdiéndose en estos pensamientos, pasaba las noches despierta, fraguando los más siniestros planes de venganza, aunque tuviera que ir á galeras.

—Sí, iré á galeras, decía entonces, y hasta al infierno; pero antes quiero destrozarla con mis propias manos. Mientras ella viva no podré tener paz. Y al decir esto apretaba furiosamente los puños como si tuviera entre ellos á su enemiga, hasta que vencida por el cansancio se aquietaba continuando en rumiar nuevos designios de venganza.

Finalmente un día se mostró muy tranquila, y preparándose para salir, dijo con cierta alegría á la directora de la casa, en quien únicamente confiaba sus asuntos más secretos.

—Esta vez me parece que la tengo en mi poder. He pensado y repensado en ello en esta noche. Nuestros asuntos van cada vez peor y ella en cambio va de triunfo en triunfo. Estamos, pues, entre la vida y la muerte y hay que concluir. Y concluiremos aunque debiera costarme la vida. Juro por el cielo que esta vez no se me escapa.

—¿Qué pretendes hacer?—preguntó en tono perplejo la directora, que por el mal éxito de los planes anteriores, era demasiado pesimista.

—Lo sabrás á su tiempo... Estoy segura del resultado. Por ahora déjame hacer. Ya sabes que no tengo secretos para ti y

que te los confío todos. Estamos unidas en la misma empresa y debemos caer ó vencer juntas... Pero no, no caeremos, yo te lo prometo... Ya verás ahora, voy á hacer ver la luna en el pozo á esa alemana estúpida, que caerá en la red como un tordo.

—¡Pobre mujer! Quiere hacer de águila y no vale más que un mochuelo.

—Luego haremos entrar en el complot á nuestro pobre diablo del telégrafo... Cuando quiero utilizar sus servicios, le recuerdo sus antecedentes y así lo sugestiono. En el asunto del *curare* (maldito asunto) tuve que amenazarle con descubrir sus anteriores fechorías. Conque, ayúdame á atemorizarlo de nuevo dándole á entender que estoy resuelta á hacerle pagar sus deudas hasta el último céntimo. Tú verás cómo se torna dócil como un falderillo.

—Déjame hacer á mí que le cantaré la canción sin olvidar nada.

—Bien. Pues en tal caso hará lo que nosotras queramos. Entretanto voy á ver á la alemana para hacerle creer que vuelan los asnos. Conque, por ahora adiós.

Y se fué...

¡Pobre Schwitzer! Cuando la *comadrona*, anunciada por la portera, puso el pie en su gabinete, la encontró en un estado tal que daba lástima.

Momentos antes había provocado un verdadero escándalo con la portera porque le faltaba un documento muy importante que había dejado en su cuarto la noche anterior.

Mientras aguardaba en la antecámara la comadrona le había oído gritar y jurar en italiano, en alemán, en francés, en inglés y golpear con el puño sobre la mesa. Cuando salió la portera, roja de indignación, la oyó murmurar:

—Está loca de remate. Si no sabe dónde pone las cosas, ¿qué culpa tengo yo?

La comadrona fué á su encuentro sonriendo y le alargó su tarjeta, añadiendo que le anunciase pronto á la Presidenta. A una mirada expresiva de la portera, acompañada del gesto no menos expresivo de llevarse el índice á la boca, la comadrona hizo otro de asentimiento inclinando la cabeza y haciéndose con el pulgar una cruz sobre los labios. Fué recibida en seguida, no ya fríamente como la primera vez, sino con insólita premura de la Presidenta, que trató, lo mejor que pudo, de dominar su cólera, viniendo á su encuentro, estrechándole la mano, y haciéndola sentarse al lado suyo.

Por las voces siniestras que corrían acerca de los asuntos de la *Liga*, y por la escena entre la Presidenta y la portera, la comadrona había deducido, con certeza, que tales asuntos iban de mal en peor y que la pobre Schwitzer no encontraba el medio de evitar la ruina que le amenazaba.

Después de mirar á la señora Schwitzer con ojos escrutadores, vió claramente en su rostro la desesperación que trataba de ocultar. Desde la última vez que la había visto parecía que había envejecido en una docena de años.

Otra hubiese sentido compasión; pero la comadrona experimentó una verdadera alegría. «Ahora te tengo en mi poder», se dijo para sí y adoptando el tono que correspondía, es decir, un tono serio y respetuoso, empezó á hablar:

—Perdone usted, señora, si vengo nuevamente á robarle el tiempo... Pero, ¿qué remedio? La caída del Ministerio por la ley sobre el divorcio, el advenimiento de un Gobierno retrógado, el triunfo de la *Alianza*, con la rehabilitación de la Piumetti, han mudado en absoluto el aspecto de las cosas. El feminismo está en desgracia, la *Liga* en crisis, la obra maravillosa de organización, emprendida por usted en toda Italia, corre peligro de deshacerse.

Al llegar aquí, la Presidenta se agitó nerviosamente é inclinó la cabeza sin decir nada. La comadrona prosiguió:

—Y ambas andamos en boca de todos como dos personas fracasadas. Usted, señora, como antagonista de la condesa Storni; yo como adversaria de la Piumetti.

Un nuevo guiño nervioso de la señora Schwitzer mostró á la comadrona que no había errado la puntería. Por lo tanto continuó:

—Es imposible que nosotras dos no nos unamos para defendernos contra los enemigos comunes y para salvar la gran obra del feminismo de la prepotencia clerical, á la que por influencia atávica sigue ligada la mujer italiana... hasta el fanatismo.

La Schwitzer, que otra vez había aceptado con buen ánimo los consejos de la comadrona, porque le parecían diestros y sagaces, al ver ahora que la proponía una liga defensiva con una persona de fama ambigua, pensó en darle á entender, que aunque privadamente aceptaba sus opiniones, públicamente no quería mostrarse aliada suya... Por eso dijo:

—Á decir verdad, nuestra *Liga* es completamente autónoma, y por el carácter general de su organización, que tiende á reunir en un sólo ejército á las mujeres italianas, no admite ninguna solidaridad ó alianza con empresas ó iniciativas afines. Por lo tanto un acuerdo ó pacto formal entre mi persona, como presidenta de la *Liga*, y usted, ó cualquier otra... me parece que...

—Lo sé; lo sé, interrumpió la comadrona que comprendía el juego; este carácter de autonomía ó de independencia de la *Liga* es el que más me agrada. Así se mantiene intacto el programa, entera la propia libertad de acción; no se confía más que en las propias fuerzas y se evitan alianzas equívocas y mezcolanzas híbridas, las cuales no hacen más que perjudicar al éxito final del verdadero feminismo.

—Así es. Lo he dicho siempre á ciertas señoras, feministas tibias, que deseaban aliarse con nosotras para que templásemos nuestro programa: *O todo ó nada*.

—Y yo, señora, lo confieso cándidamente, que sin esta fuerza é intransigencia de principios con que la *Liga* ha mantenido enarbolada su bandera, nunca la habría ayudado.

—Sí, me acuerdo bien de su primera visita en que me señaló el buen camino.

—Que después fué interceptado por manejos tenebrosos de los clericales.

—¿Y qué hacer ahora?

—Lo que se ha hecho hasta aquí, pero por otra vía más recta, más segura y casi inteligible.

—¿No hay peligro en ello?

—Ninguno. Si es la cosa más fácil del mundo. Ante todo debo advertir á la señora, que he venido aquí hoy como otras veces, únicamente para exponer á usted amigablemente un pensamiento mío, parecer ó consejo, como le quiera llamar; pero no pretendo nada, ni trato de formular condiciones; por eso puede hacer de mi modesto parecer el uso que crea conveniente, ó no hacer uso de él. Dicho esto, yo le pregunto á usted si hay medio mejor de combatir á la *Alianza* que deshonrarla, infamarla en la opinión pública.

—¡Ese sería el mejor medio!

—¿Y si la infamia fuese originada por alguna mala acción ó delito de las personas que tienen en su mano la dirección de dicha Sociedad?

—Entonces la mancha de la cabeza se extiende á los miembros, y toda la obra resulta deshonrada.

—De la cabeza viene la tiña, decimos vulgarmente los italianos... Pues bien—al llegar aquí hizo una pausa y luego replicó con solemnidad—yo puedo probar con hechos que Ida Piumetti, secretaria general de la *Alianza* es una delincuente.

—¿Probar? ¿Qué delito ha cometido?

—Expende moneda y billetes falsos.

—¿Es posible?

—He venido aquí para ofrecer á usted la ocasión más segura de cogerla infraganti.

—¿No me engaña usted?

—Vengamos á cuentas. Sabrá también usted, señora, que después del terrible choque ferroviario que costó la vida á algunos oficiales de correos, la Piumetti está habilitada para el servicio de valores y en la actualidad se encuentra en la oficina de pagos. Ahora pongamos el caso de que la señora se haga expedir, por valores telegráficos mil liras. Va á las oficinas centrales, acompañada de dos testigos, para recoger la suma. Encuentra en el ventanillo de los pagos á la Piumetti que le entrega las 1.000 liras en uno ó más billetes falsos. Apenas los tiene en su poder dice: «¡estos billetes son falsos!» y los muestra al empleado que está en el ventanillo inmediato, el de la derecha. Este acepta la denuncia; los dos testigos la confirman; la Piumetti va á la Cárcel; la *Alianza* queda infamada; la *Liga* triunfa. ¿Dígame usted ahora si hay empresa más fácil que esta? ¿No es un golpe de maestro?

—¡Ah, sí!... ¿Pero, y si los billetes fuesen buenos

—En tal caso dirá usted que se ha equivocado, y nada más. Pero yo sé que eso no sucederá, porque conozco á la persona... Si á usted le parece bien lo que le propongo, hágalo; si no, nada hay perdido.

—Yo no tengo dificultad alguna en hacer la prueba. Basta para ello con que telegrafie á un agente mío para que me expida por telégrafo la suma indicada. Si verdaderamente se descubre el fraude, no sólo se haría una buena acción, sino que el efecto para la *Liga* resultaría maravilloso. No obstante, me parece muy extraño que la Piumetti pueda dar billetes falsos, sin que los demás lo adviertan.

—Perdone usted, señora; pero eso no viene al caso. Sería largo de explicar todo lo que sé sobre los manejos secretos de la *Alianza* con los monederos falsos. De tal modo estoy in-

formada de todo que la primera fuerza de esta maldita Asociación proviene de la inteligencia con los falsificadores.

—Pues si yo supiera semejante cosa, ya habría denunciado á la autoridad toda la banda. ¿Por qué no lo ha hecho usted?

—¡Esta sí que es buena! ¿Cree usted, señora, que ciertas cosas pueden probarse en los Tribunales? Además, con denunciarlas, evitaríamos que fuesen descubiertas pronto ó tarde, que es lo que yo deseo.

—Pues bien,—dijo la Schwitzer después de meditar unos momentos— acepto su consejo y estoy dispuesta á seguirlo en el acto.

—En el acto, no; pues lo echaríamos á perder. Es necesario esperar con el arma al brazo. Hay que aguardar el momento decisivo. Entretanto escriba usted á su agente para comunicarle una seña y encargándole que, una vez recibida ésta, le expida la cantidad de 1.000 liras.

—¡Muy bien! ¡*Veri well!* Esperaré su aviso. Y ahora reciba usted las gracias más cordiales por el servicio que presta á la *Liga* y al feminismo.

—Yo creo que la vida no vale nada si no se emplea en ayudar á los buenos y perseguir á los malos. Para la *Alianza* este será el golpe mortal; en cambio para la *Liga* el principio del triunfo.

Convencida en absoluto por la persuasiva comadrona, la Schwitzer quedó aguardando sus últimas instrucciones y aquella se retiró para envolver en sus redes al otro auxiliar.

En el acto de subir al tranvía, advirtió que había puesto en el estribo el pie izquierdo. De pronto, lo retiró horrorizada y levantó el derecho, murmurando para sus adentros mientras subía:

—También esta vez! ¡Parece imposible! ¡Esa maldita bruja tiene al diablo de su parte!

Y puso la mano en sus escapularios, recomendándose á sus santos predilectos.



### XXXV

#### O beber ó ahogarse.

COMO la nueva conjura, urdida por la comadrona contra Ida pudiera parecer extraña é inverosímil á alguno de nuestros lectores, queremos declarar algunas circunstancias que los conocedores de la vida moderna habrán adivinado ya.

A medida que el mundo envejece, tanto más se va afinando la malicia humana; y ciertos excesos de depravación y de felonía, que antiguamente parecían no sólo inverosímiles, sino hasta imposibles, resultan en la actualidad los hechos más ó menos ordinarios de la crónica cotidiana.

Con el propósito de que su infame industria fuese más atractiva y más lucrativa, la comadrona tenía en casa una habitación bien provista de bebidas espirituosas y un garito clandestino; ejercía la usura con las artes más astutas; traficaba con los objetos robados y tenía también relaciones con ciertos moneaderos falsos.

Poseía una finura de entendimiento verdaderamente diabólica para apoderarse de su víctima: envolverla en sus redes.

Con las enormes ganancias que le producía su tráfico criminal, podía gastar grandes sumas para realizar sus proyectos.

Su presa favorita la constituían los jóvenes que, por su propia inexperiencia, se dejaban explotar cándidamente y con mayor provecho.

Uno de éstos era, como ya dijimos repetidas veces, el más joven de los compañeros de Ida, llamado Renato Fiocchetti.

Hacia ya tiempo que este joven estaba ligado á la comadrona por débitos de bebida suministrada á crédito, y de algunas cantidades dadas á préstamo; cuando la liberación de la Maglioni, la astuta mujer pensó en seguida en Renato para hacer de él un instrumento de sus planes, porque además de la inexperiencia de éste, se encontraba en la misma oficina que Ida, es decir, tenía á la víctima entre sus manos.

Aumentó, pues, la astuta mujer sus préstamos á Renato, sin otra garantía que la de escribir de vez en cuando una declaración de débitos por el dinero recibido. Cuando le tuvo á su disposición empezó á cambiar de actitud y se mostró exigente é imperiosa, amenazándole con hacerle perder el empleo y deshonrarle.

El joven al principio trató de romper las cadenas que le amarraban á la infame mujer, pero le fué imposible alcanzarlo. Esta le tenía sujeto como un esclavo, y al menor síntoma de independencia que notaba en él, le amenazaba con obedecer ó pagarle.

De este modo le había obligado á escamotear el pase con la fotografía de Ida; á disfrazarse, como ya hemos visto, para propinar á la joven el filtro que el portador consideraba inofensivo pero que era un veneno terrible...

Ahora volvía á pensar en él para una nueva infamia. Después de haber madurado el plan y celebrado las últimas conferencias con la señora Schwitzer y con Olga Fioroni y la directora de la casa que debían servir de testigos, la víspera del día destinado para la realización del diabólico designio, llamó al pobre Fiocchetti, se encerró con él en su estancia, sacó del cajón de la mesa un revólver pequeño, miró al joven con ojos terribles y le dijo tranquilamente:

—¡Nadie nos oye!

Aterrado con tantas precauciones, el joven balbuceó palideciendo:

—¿De qué se trata?

—Pues de salvarme ó matarme... Si usted prefiere esto último aquí está el arma.

—¡Me cree usted capaz!...

—Entonces debe salvarme.

—¡Si está en mis manos!...

—Sin duda.

—Pues dígame de qué se trata.

—Después de la victoria de nuestros enemigos y del triunfo de la Piumetti, mis asuntos van de mal en peor. El círculo de hierro en que me estrechan mis perseguidores se va cerrando y la ruina es segura y con ella la deshonra. A una cosa ú otra prefiero la muerte. Pero antes quiero liquidar mis cuentas con todo el mundo, incluso con usted. Estamos ligados á la misma suerte. ¡O vencer ó caer juntos!

—Pero, ¿de qué se trata? ¡Vamos! No se deje vencer por tan siniestros pensamientos... Yo haré lo que pueda en su favor.

—Lo que hoy le pido es una bagatela! Y si no lo hace, me va en ello, como ya le he dicho, mi vida, el honor y el porvenir suyo.

Alzó los ojos el joven y miró á su interlocutora como pidiéndole la explicación de aquel enigma.

La comadrona añadió:

—No se trata más que de sustraer una hoja de papel. Es cosa fácil. ¿No están usted y la Piumetti encargados de la sección del servicio de valores telegráficos en la Central?

—Sí; pero interinamente, esto es, mientras el Gobierno no haya sustituido á los oficiales muertos ó gravemente heridos en el último siniestro de ferrocarriles.

—No importa. ¿Quién recibe ahora los valores?

—Yo.

—¿Y quién los paga?

—Mi colega.

—Y si mañana viene alguno á cobrar una letra de mil francos, ¿con qué billetes se paga?

—Con un solo billete de 1.000 francos, porque los demás se emplean para sumas menores.

Está bien, murmuró la comadrona, y abrió una caja delante de Fiocchetti, diciéndole con tono imperioso:

—Aquí tiene usted un billete de 1.000 francos. Mañana á la tarde irá á su oficina la señora Schwitzer, acompañada de su secretaria y de nuestra directora, para retirar un valor telegráfico de mil liras. Cuando la Piumetti haya entregado á la señora Schwitzer el billete de banco, ésta dirá:—¡Me parece falso!—Y vendrá hacia usted diciéndole:—Mírelo usted bien, es falso... Probablemente no habrá entonces en la oficina otras personas. En un abrir y cerrar de ojos reemplazará usted aquel billete con éste y lo devolverá á la directora diciendo:—«También á mí me parece falso.» Y asunto terminado. Mientras las tres personas de la comitiva estarán discutiendo con la Piumetti sobre el fraude, usted tendrá tiempo para ocultar el billete bueno. Y sepa usted que yo no quiero que me toque un céntimo; 500 liras serán para la directora, y otras tantas para usted, en premio de su trabajo... Por lo demás, no tenga usted escrúpulos, pues ha de saber que mi directora es una prestidigitadora notable y ha de desempeñar por sí misma la parte más arriesgada. Para las últimas instrucciones entiéndase usted con ella... Conque, pronto; manos á la obra. Al enemigo hay que tratarle como enemigo.

Con tal ardor había hablado la comadrona al revelar á su alumno el diabólico designio; el aspecto, la voz, el gesto, la mirada de la bruja mientras hablaba, eran tan persuasivos; la necesidad con su imperio inexorable había influido de tal modo en el ánimo de aquel infeliz, que no osando ni siquiera interrumpir á su interlocutora mientras desenvolvía todos los repliegues de su

trama infernal, aún después de haber concluído de hacerlo, permanecía delante ella, mudo, inmóvil, atónito, sin poder encontrar una respuesta cualquiera para aceptar ó protestar contra las proposiciones que acababa de oír.

La astuta mujer estaba erguida en su presencia, mirándole siniestramente, como si quisiera fulminarle con los ojos, con ceño imperioso para vencer cualquier tentativa de resistencia.

Así transcurrieron algunos momentos de silencio, sin que el joven hiciese ademán alguno de querer hablar ni ella dejaba de mirarle fijamente con sus ojos escrutadores.

Por último el primero, para poner término á aquella situación embarazosa, dijo bajando los ojos al suelo y tartamudeando las palabras:

—Es verdad... que nunca hubiese creído que se atreviese á tanto... De todos modos... Mañana... Mañana, no.

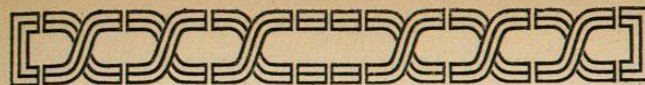
—Mañana sí—gritó con rabia la comadrona, poniéndose aún más erguida y amenazadora que al principio. —El asunto no puede aplazarse... Ya he dicho que antes de dejar que mis enemigos me venzan, estoy dispuesta á todo.— Y al hablar así cogió el revólver que había puesto sobre la mesa. —Conque: ó beber juntos ó ahogarnos juntos.

Y al decir esto miró á su víctima de alto á abajo, y, cambiando de acento, le dijo con tono de broma:

—Ande usted sin perder un minuto á ver á la directora, que le aguarda. Ella acabará de convencerle.

Y sin más preámbulos le puso en el bolsillo interior de la levita el famoso billete. Le abrochó los botones, lo condujo hasta la puerta y abriéndola llamó á la directora, que acudió en el acto á buscar al joven.

La directora, que conocía perfectamente la debilidad del pobre Fiocchetti, supo trastornarle de tal modo, que el desgraciado le juró muchas veces su decisión de secundar en todo sus planes, sin ningún género de vacilaciones.



## XXXVI

### Venganza frustrada.

LA alegría experimentada por Ida, á causa de la victoria obtenida contra sus enemigos al ser reintegrada por el nuevo Ministro en todos sus derechos, bien pronto fué turbada por un sentimiento de amarga tristeza.

¡Le precisaba volver á la oficina y exponerse de nuevo á los enojos y á las penas de antes!

El lobo muda de pelo, pero no de vicio; sus colegas volvieron á las andadas, y en su propia rehabilitación encontraban nuevos estímulos para atormentarla.

La joven iba á hallarse otra vez en compañía de aquel Fiocchetti, acerca de cuya conducta luchaba entre sí misma, para no admitir como prejuicios definitivos las gravísimas sospechas que contra él tenía y hacia quien experimentaba además una repugnancia invencible.

Y al odio implacable de sus enemigos, agravado por la derrota, venía á añadirse el rencor de la comadrona, que había jurado vengarse terriblemente.

¡Qué feliz se habría considerado Ida si hubiese podido dar el último adiós á su profesión de telegrafista, dedicándose únicamente á la *Alianza*, y, con su segunda madre, la condesa Stor-